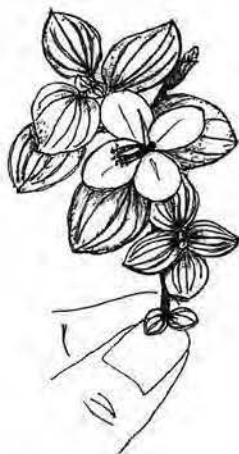


su contenido. La segunda, es señalar que hubiese sido de gran apoyo dar a conocer los criterios que llevaron a la selección de los capítulos, pues resulta insuficiente indicar que sus autores pertenecen o han pertenecido al Departamento de Ciencia Política y que se trata de trabajos de reconocido valor académico, pues dentro de la academia hay numerosas posiciones sobre paz y conflictos, que obedecen a diversas concepciones éticas, políticas y de entendimiento del saber. Cada forma de asumir el conflicto privilegia unas voces sobre otras, ciertas miradas, causales y dinámicas, lo que hace que algunas propuestas para su transformación parezcan lógicas y apropiadas, mientras que otras se tornan desfasadas e inviables. La pluralidad de maneras de entender el conflicto incorporan las formas de conocimiento sobre las guerras y la paz y, por ello, debe ser parte del trabajo de los investigadores de paz ser conscientes de sus propios lentes y miradas; luego compartir tales reflexiones con los lectores enriquecería la discusión.



Regresando al punto de partida sobre aquellos cuestionamientos que brotan en las circunstancias actuales, esta compilación ofrece análisis comprensivos para que las negociaciones no sean solo sobre 'una mesa' ni con un límite temático y temporal, sino que nos invita para que nos pensemos en un estado de debate democrático permanente sobre cómo nos imaginamos y nos relacionamos en paz.

Josefina Echavarría, Ph. D.
Universidad de Innsbruck, Austria

Pretención de una historia de la antropología

Una historia de nuestros otros Indígenas, letrados y antropólogos en el estudio de la diferencia cultural en Colombia (1880-1960)

HÉCTOR GARCÍA BOTERO
Universidad de los Andes,
Facultad de Ciencias Sociales,
Departamento de Antropología,
Ceso, Bogotá, 2010, 171 págs.

AUN CUANDO el título del libro habla de "historia", en realidad es de antropología teórica, y la expresión "nuestros otros" hace referencia a los indígenas de Colombia, pero no a los álter ego de algún escritor dipsómano. A lo largo y ancho del texto el magíster García Botero, autor de esta monografía de grado, utiliza expresiones ambiguas y problemáticas, como por ejemplo "diferencia cultural", la cual haría referencia a distintas cosmovisiones que se ponen en juego en la obra antropológica, la del amerindio y la del estudioso occidental (u occidentalizado), una diferencia que podría llevar a conflictos de índole dialéctica o de carácter bélico. Por tal razón nos parece mejor hablar de diversidad cultural, aceptar de manera libertaria las distintas perspectivas sobre el mundo, la humanidad y los dioses, porque no se trata de establecer diferencias entre lo uno y lo otro, sino de buscar aquello que hizo posible la unidad de la diversidad, hallar puntos en común, caracteres compartidos y compatibles, para explicar nuestro mestizaje colombiano y su- damericano. Por ello, pienso que hay otra expresión problemática por ambigua que de manera constante usa el autor, la de "alteridad", la cual sonaría bien en un tratado de teoría literaria, pero no en un ensayo antropológico, porque alteridad se refiere a lo otro que nos refleja, aquello que nos representa a través de lo que quisiéramos hacer, un álter ego que manifiesta lo que el autor ha sido, es y quisiera ser, una fuerza de voluntad cuyo fin es ser más de lo que se es. Mejor sería utilizar la expresión "pluralidad", la cual es más conveniente para el discurso antropológico, porque hace re-

ferencia a la variedad de culturas que pueden convivir en un país, creando constantes intercambios para establecer relaciones armónicas en una nación diversa y plural.



En la obra del antropólogo Héctor García Botero se propone un límite temporal, de 1880 a 1960, y un límite espacial, la República de Colombia, para realizar el estudio del desarrollo de la antropología colombiana, suponiendo que se puede nacionalizar el saber universal sobre el hombre. Un espacio de tiempo en el que se muestran las perspectivas sobre los pueblos indígenas de Colombia, desde finales del siglo XIX, cuando dominan los letrados con su hispanismo y su catolicismo, hasta mediados del siglo XX, cuando se manifiestan los antropólogos con su profesionalismo y su especialización. Para ello, el autor se basa en textos que dan testimonio de la preocupación antropológica por los amerindios, desde los escritos eruditos de los letrados decimonónicos, que incluyen historia, geografía, medicina, gramática, retórica, teología, psicología, metafísica, etc., hasta las monografías de los antropólogos profesionales con sus discursos sobre la civilización, la cultura, el mito, la danza y el arte. A veces parece que el autor pretendiera hacer una pequeña historia de la antropología colombiana, pero no muestra competencias para ello, pues se expresa más como un teórico de la antropología en Colombia, es decir, trata de explicar los conceptos básicos de la antropología en general, y

la manera como se aplican a los pueblos indígenas de Colombia, en tanto que se los toma como objetos de estudio, interpretación y colonización, desde la perspectiva del conocimiento académico. De esta manera, parapetado en una universidad de la elite social capitalina, un magíster en antropología trata de darnos a conocer el proceso que hizo posible construir un objeto de estudio para la antropología en Colombia: el indígena.

Para el letrado decimonónico, los amerindios son objetos de estudio, así como lo son los animales salvajes para la etología; es decir, que los observa, los analiza y, desde un punto de vista científico, los clasifica y los adjetiva. Para ello los letrados colombianos, antecesores de los antropólogos en nuestro país, toman en cuenta tres elementos: el arte, la somática y la lingüística. El estudioso sobre los pueblos indígenas busca el vestigio arqueológico, lo toma como arte y como huella de lo que pudo ser la cultura amerindia prehispánica, pero aplica categorías de origen europeo para comparar dicha producción artística con la de las civilizaciones asiáticas. En cuanto a la somática, se trata de describir las características corporales de los amerindios, en sus facciones y su complexión, para al final concluir, desde un punto de vista conservador, la degeneración de una "raza": esta actitud de los letrados es una ingenua aplicación de la miopía hegeliana, de la filosofía de la historia universal de Wilhelm Hegel, para quien todo lo de Sudamérica es inferior a lo europeo y, como ejemplo, coloca la estatura de las personas, así como el tamaño de los animales. En lingüística los letrados, como su nombre lo indica, dependen mucho de las letras, de la gramática, de la escritura, pero las lenguas indígenas son ágrafas, por ello son vistas como inferiores al castellano, al griego, al latín, al nihongo, al inglés y al francés. Al buscar escritura se encuentran con el arte rupestre muisca, por ejemplo, y lo ven como jeroglíficos incomprensibles para la civilización occidental. El letrado decimonónico se decepciona entonces porque no halla al indígena colombiano en su pureza anterior a la invasión ibérica, y prefiere denigrarlo, excluirlo, marginarlo de

todo posible proyecto de nación en Colombia.

Los letrados tienen en mente un esquema conceptual europeo, por lo cual siempre van a ver al amerindio como un hombre con un bajo nivel de civilización, si se le compara con un francés ilustrado. El antropólogo-ensayista García Botero pone como ejemplo, en forma constante, al pueblo indígena que habitó el altiplano cundiboyacense, pero él los denomina "chibchas", nombre que nos parece inconveniente, ya que es amplio y cobija varios pueblos amerindios que habitaron desde Panamá hasta el sur de Colombia, y hace referencia a una familia lingüística diversa y plural. Sería mucho mejor utilizar el apelativo "muisca" para referirse a dicho pueblo indígena que habitó en Bogotá (Bacatá), Tunja (Hunza), Sogamoso (Suamox), entre otras ciudades y municipios de lo que hoy día son los departamentos de Cundinamarca y Boyacá. Los muisca son tomados en este libro-ensayo como ejemplo de la dicotomía letrada decimonónica entre mito y ciencia: lo anterior a la modernidad europea y aquello que impulsa el progreso unilineal de la humanidad; es la disyuntiva entre lo primitivo y lo civilizado, donde los amerindios de Colombia no han alcanzado el más alto nivel de civilización que exige un letrado con su falsa cultura superior. En la cartografía letrada sobre la diversidad cultural, el mapamundi debería invertirse para que Colombia quede en el hemisferio norte, Japón y China en el oeste, mientras que Europa quedaría en el hemisferio sur; de esa manera surgiría un esquema conceptual diferente en el que los países del nuevo norte y los del lejano oeste serían superiores en civilización, si se les comparara con los países del nuevo sur y los del este.

En el siglo XX, al iniciar la década de los cuarenta, se institucionaliza el saber antropológico en Colombia, a través de la fundación del Instituto Etnológico Nacional (1941). De esta manera se empiezan a dejar en el olvido los prejuicios racistas, hispanistas, católicos y etnocéntricos de los letrados, para establecer a la antropología como una disciplina estructurada con esquemas conceptuales provenientes de Francia y de los Estados Unidos,

siempre con la aspiración de ser considerada una ciencia, con su método etnográfico, con su objetividad y su mirada aguda. Los antropólogos no van a ver al amerindio como un ser primitivo, sino como la presencia viva de la pluralidad cultural; diversas culturas en una interacción dialéctica sobre el mundo, todas en el mismo nivel, merced a la teoría del relativismo cultural: no hay civilización superior ni culturas inferiores. Pero hay algo que permanece entre los primeros antropólogos colombianos, esto es, la ilusión de hallar un pueblo indígena puro, sin contacto con la civilización occidental, sin ese choque de cosmovisiones, libre de todo mestizaje posible. En los años sesenta, con rebelde y transformadores de la sociedad, la antropología se empieza a enseñar en las universidades con dos perspectivas antagónicas: la científica y objetiva, por un lado, que predomina en la universidad privada, y la política y crítica, por otro, que se observa en la universidad pública; una de origen estadounidense, la otra de origen francés, así como una puritana y otra atea. Como sea, pasamos de la erudición decimonónica a la especialización del siglo XX convulso y confuso, rebelde y libertario.



En sus inicios, la antropología en Colombia estuvo ligada a la dicotomía política entre conservadores y liberales, convirtiéndose de esta forma en una herramienta de dominación de los pueblos indígenas, los cuales de una u otra manera se debían integrar a la sociedad dominante y al Estado colombiano. Otra dicotomía que se observa en los albores antropológicos de

Colombia es la de etnocentrismo/relativismo, es decir, las perspectivas etnográficas de los letrados y los antropólogos profesionalizados, sus diferencias y sus similitudes hacen del indígena colombiano un objeto del saber académico. En el estudio de dicho objeto se aplicaron métodos científicos muy rígidos que se acercaban bastante al positivismo europeo, tal vez para tratar de alcanzar el progreso a través de la objetivización de los pueblos indígenas, al anular su cosmovisión y hacer de su mitología milenaria un divertimento para estudiosos universitarios. Pero todo esto son manifestaciones de la colonización del saber, esto es, de la manera como los colombianos tomamos teorías ajenas para aplicarlas en nuestro entorno, lo cual a veces no se puede hacer plenamente, y esto no solo se ve en la antropología, sino también en otros saberes universitarios. Como siempre, son los países periféricos con su dependencia de los del centro, no solo en lo económico, sino también en lo cultural.



Los pueblos indígenas de Colombia son diversos, numerosos, y enriquecen la pluralidad cultural del país; para comprenderlos, los etnógrafos y los antropólogos los han convertido en su objetivo de estudio número uno, aplicándoles varios esquemas conceptuales traídos de Europa y de los Estados Unidos, para al final mostrar a los amerindios como el pasado de una nación que progresa y que avanza hacia la total adaptación al orden mundial dominante, al imperio de la tecnología y la globalización. Pero, ¿cómo nos ven los indí-

genas de Colombia a nosotros los occidentales? ¿Qué tipo de esquema conceptual nos aplican a los no-indígenas? ¿O más bien, se debería hablar de esquema mítico, mágico, ritual, milenario, artístico? Son preguntas que se hacen por ahí, que quedan en el aire, que tal vez se resuelvan en la selva, en el río, en la montaña, en el bosque, en la roca. En fin, el silencio de los amerindios le da vía libre a la verborrea de los antropólogos.

Jhon Rozo Mila

Sociólogo sentipensante

Antología

ORLANDO FALS BORDA

José María Rojas Guerra (prefacio)
Universidad Nacional de Colombia,
Vicerrectoría Académica, Instituto
de Estudios Políticos y Relaciones
Internacionales, Bogotá, 2010, 387 págs.

ESCRIBIR UNA reseña crítica de una antología es una tarea difícil y la labor se hace casi imposible cuando se trata de la obra reunida de un maestro del pensamiento social, como es el caso del sociólogo colombiano Orlando Fals Borda (1925-2008). Es complicado reseñar una antología porque, para empezar, este tipo de libros reúne materiales muy diversos de la obra de un autor que son seleccionados por la persona que los compila, lo cual se hace a partir de criterios personales, subjetivos y valorativos que en sí mismos no tiene sentido discutir. En segundo lugar, toda antología es necesariamente *parcial*, porque se escoge una parte de la obra de un autor y se deja de lado lo demás, algo que es inevitable. En tercer lugar, no se justifica discutir con los textos de una antología —no porque estos en sí mismos no sean discutibles, ya que cualquier pensamiento por sistemático y elaborado que sea genera interpretaciones y polémicas permanentes, de ahí precisamente su riqueza intrínseca— por la sencilla razón de que son productos históricos y culturales que ya forman parte de una tradición intelectual que, como tal hay que abordar.



Dicho esto, valga referirse en nuestro caso no a los textos seleccionados en este libro, sino al prefacio que realiza José María Rojas, también sociólogo, quien fue discípulo de Orlando Fals Borda en la Universidad Nacional de Colombia en el decenio de 1960. Este prefacio, “Sobre la fundación de la Sociología en Colombia”, es un estudio introductorio que ubica la obra intelectual, así como los intereses políticos del maestro Fals Borda en el contexto del despegue de la sociología en nuestro país, que se concretó institucional y académicamente en la fundación de la primera carrera de Sociología en la Universidad Nacional en 1959. La carrera está ligada de manera directa con la persona del sociólogo costeño, quien tuvo la oportunidad de estudiar dicha disciplina en los Estados Unidos y estuvo vinculado a la Universidad Nacional, en una primera fase, hasta 1968.

Para estudiar el despliegue de la disciplina sociológica, Rojas escoge como hilo conductor la obra de Fals Borda, la que periodiza en la antología de treinta y un textos en tres grandes momentos cronológicos: 1950-1970, entre las investigaciones rurales, con trabajo de campo, cuando cursó la maestría en Minnesota, hasta las investigaciones realizadas desde Ginebra sobre las instituciones sociales y el cambio dirigido en Venezuela, Ecuador y Colombia; 1971-1990, entre la época de estudios directos sobre los campesinos costenos de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (Anuc), hasta el momento previo a la